

LA NATURALEZA EN SCHOPENHAUER

Vannya Isabel González Nambo

Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña”
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Introducción

Si bien Arthur Schopenhauer tiene una visión cruenta del mundo en lo referente a la moral, no es la postura completa. Por el contrario, cautiva su postura sobre la naturaleza, puesto que el filósofo alemán tiene una faz científica poco explorada. Su intento por dar sustento físico a sus concepciones le lleva a adentrarse en temas científicos y estar al tanto de los últimos descubrimientos: se maravilla con todas las descripciones recabadas en su época.

El filósofo trata puntos variados sobre la *natura*. Para comenzar, podemos verificar una concepción del mundo como un todo plenamente conectado. En éste resalta el afán ilimitado de todos los seres por adquirir una personalidad propia, incluso en lo inorgánico; acto seguido, se encuentra ese “empuje” por subsistir aun en la inconsciencia, el cual se manifiesta en variados estratos, desde lo vegetal hasta lo animal. Luego, vemos cómo ese afán de prolongación tiene el potencial de garantizar la unión entre los seres para lograr la perpetuación de las diferentes especies, haciendo surgir el instinto sexual, primero, y luego el cuidado y crianza de la progenie. Posteriormente, sobresale el hecho de que la naturaleza tiene el potencial de autorregeneración y sanación, lo que fue denominado como *vis naturae medicatrix*. Por último, es el primer filósofo occidental en dedicar sus ideas a los animales no humanos a lo largo de toda su obra, en las que estableció que tanto ellos como las personas



tienen uso de conciencia e inteligencia. Los puntos esbozados constituyen la concepción “orgánica” de la naturaleza en el pensador germano.

Por lo anterior, el objetivo de este trabajo es recopilar esta versión del maestro de Danzig, en la cual se hace patente su asombro frente a lo que la naturaleza es capaz de hacer. Adicionalmente, téngase en consideración que se hablará de la especie humana, pero ésta no será vista como primordial, sino como un eslabón más en una constante regeneración universal.

1. Schopenhauer científico

Para nuestro pensador, el origen de todo se encuentra en la voluntad, fuerza primigenia. Tal origen tiene un doble sentido: a) moral o ético, alude a la violencia, la destrucción, el sinsentido y lo cruento de la existencia; b) científico, exalta la capacidad de asombro, la descripción sin calificativos donde los fenómenos simplemente se expresan. Es cierto que hay momentos en que ambos aspectos confluyen pero, en esta ocasión, mantendremos la concepción del mundo desde lo natural.

Dicho esto, y para comprenderlo mejor, retomaremos datos biográficos que nos aclararán las tendencias naturalistas de Schopenhauer. Nace en 1788 y muere en 1860. A los 13/14 años, el joven Arthur ya posee el hábito de la lectura y se manifiestan en él atisbos sobresalientes de inteligencia y conocimiento. A los 15 años, realiza notas en sus diarios sobre arte, técnica, tecnología y la miseria humana vista en las galeras o durante sus viajes por diversos países europeos durante su adolescencia (Moreno, 2014, pp. 93-98). Posee un llamado a la observación del mundo que capta tanto lo natural como lo cultural.

Su destino estuvo influenciado por su padre: aprende el oficio de comerciante. Tal camino le disgusta, hasta que, debido a la muerte de su progenitor, el joven Arthur ve la posibilidad de realizar su sueño: asistir a la universidad. Su llamado es hacia la medicina y toma la mejor opción para ello a sus 21 años: la Universidad de Gotinga, centro liberal de investigaciones científicas experimentales. Ahí estudia matemáticas, física, química, astronomía, fisiología, anatomía, historia natural, anatomía



comparada y mineralogía (Moreno, 2014, pp. 149-155). Tales disciplinas ejercen gran influencia sobre él y se reflejan en 4 de sus 6 obras publicadas (*Sobre la cuádruple raíz del Principio de Razón Suficiente*, *Sobre la visión y los colores*, *El mundo como voluntad y representación* y *Sobre la voluntad en la naturaleza*). Continuando con el recuento de su vida, el joven pensador conoce al profesor Gottlob Ernst Schulze en Gotinga. Como su maestro, Schulze le abre las puertas a la filosofía y el estudiante Schopenhauer abandona la Universidad de Gotinga para estudiar filosofía en la Universidad de Berlín (Moreno, 2014, pp. 156-157).

No obstante abandona la medicina, la atracción por la ciencia y el estudio de la naturaleza siempre está presente en la vida de Schopenhauer. Como se mencionó, sus influencias abarcan los tres reinos. A pesar de no ser percibido como investigador de la naturaleza lo cierto es 1) sus apreciaciones han recibido poco reconocimiento, pero 2) hay científicos contemporáneos que están de acuerdo en que sus teorías sí corresponden a hechos que las ciencias actuales han comprobado de manera innegable. Por ejemplo, el doctor en Medicina Federico Soria Estevan ha estudiado la veracidad de parte de las afirmaciones científicas schopenhauerianas. En un artículo publicado en 2016, cita a otros científicos que corroboran tales datos, sobre todo los que tratan sobre el funcionamiento del cerebro, entre los que están los neurocientíficos David Eagleman y Antonio Damasio, así como el biólogo Richard Dawkins (Soria, 2016, pp. 14-17). Incluso, Schopenhauer se queja del plagio que hacen de sus ideas contemporáneos que se denominan científicos, por lo que se dio cuenta que sus pensamientos tenían rigor y veracidad. Fue así que en su libro *Sobre la voluntad en la naturaleza* hizo explícito, con nombre y apellido, el robo de sus planteamientos:

Aún hay más, y es que, lo mismo que el señor Brandis, se ha conducido conmigo otro médico, no contentándose ya, como aquél, con tomarme las ideas, sino llegando a copiar mis palabras. Es este señor Antonio Rosas, profesor de la Universidad de Viena, el cual, en el primer tomo de su *Manual de oftalmia*, de 1830, ha transcrito al pie de la letra de mi tratado *Acerca de la visión y los colores*, de 1816, las páginas 14 a 16, todo el párrafo 507, sin citarme, ni aun dar a entender siquiera que es otro, y no él, quien habla. Así se explica suficientemente el porqué se guarda



muy bien de citar mi tratado en sus referencias de veintiún escritos acerca de los colores, y de cuarenta acerca de la fisiología de la visión, referencias que da en los párrafos 542 y 567 (Schopenhauer, 2012, p. 64).

¿Por qué un neurocientífico encuentra relevante a nuestro filósofo?

POR QUÉ SCHOPENHAUER

Es el momento de expresar las razones de mi elección de uno entre tantos filósofos. Y por qué un filósofo y no un biólogo, un neurólogo, un físico o un psiquiatra. En realidad, la aclaración ha aparecido en todos los rincones del texto, pues en él se hace ver cómo este asombroso sistema filosófico emerge de su caverna platónica en la que ha sido obligado a permanecer por las universidades –no todas ni todos los profesores– y surge con una claridad cegadora como un antecesor (de manera muy general, en ocasiones, y más particular en otras, pero siempre importante) en todas las ciencias mencionadas, a las que proporciona una base o «bajo fundamental» (usando una metáfora musical muy schopenhaueriana). No era solo filósofo: sabía de psicología (sus hallazgos constituyen un material importantísimo para el surgimiento del psicoanálisis), estudió dos cursos de medicina, además de ciencias naturales, literatura (como escritor su reputación acabó siendo muy elevada), música (era un asiduo flautista) o biología. Hemos visto cómo llega a conclusiones neuro-anatómicas modernas sin disponer de más herramientas que su facultad de razonar (Soria, 2016, pp. 43-44).

Además, el doctor Soria Estevan pone en tela de juicio la originalidad de Darwin. Schopenhauer esboza primero una teoría de la evolución que, si bien no es exacta a la del inglés, el doctor sostiene que se inspiró en el germano, de quien tuvo a su disposición las dos primeras ediciones de *El mundo como voluntad y representación*, así como otras cuatro de las seis obras publicadas del filósofo, en las cuales se expone su visión de la naturaleza.

Asimismo, otro importante científico que ha estudiado las aportaciones científicas de nuestro autor es el neurobiólogo Zehir Zeki, quien ha realizado importantes investigaciones en torno al cerebro y ha citado al maestro de Danzig como un referente:

La participación obligada del cerebro, la noción de que es el cerebro el que realiza esta operación, fue bien descrita por Arthur Schopenhauer (1854) en un libro titulado *Sobre la visión y el color*; un ensayo, un libro que no tuvo repercusión alguna, muy a pesar de Schopenhauer porque –en sus propias palabras– un conocimiento más exacto y la certeza de la naturaleza totalmente subjetiva del color contribuye a



una comprensión profunda de la doctrina kantiana sobre las formas intelectuales de todo conocimiento y, por tanto, nos proporciona una introducción apropiada a un curso de iniciación a la filosofía. El libro contenía lo que Schopenhauer, con la inmodestia que le caracterizaba, suponía que era la primera teoría sobre la percepción del color. Se inspiró en la teoría del color de Goethe, pero el libro fue recibido con frialdad por este último, quien tuvo “el manuscrito más tiempo de lo que yo hubiera esperado y se lo llevó consigo de viaje [...] por el Rin” (la elipsis es mía). La importancia de este trabajo, inexplicablemente ignorado por fisiólogos y filósofos, no estribaba en los detalles con que Schopenhauer describe su teoría del color (él suponía que la elaboración del color tenía un lugar exclusivo en la retina). Su importancia radica más bien en el concepto de que los colores están en el observador y no fuera de él (Zeki, s.a., p. 4).

Basten estas dos menciones para avalar que el germano tenía la habilidad para describir al mundo con objetividad.

2. La concepción schopenhaueriana del cosmos

Exploremos ahora la cosmovisión de Schopenhauer. El inicio: la base de todo es la voluntad (Schopenhauer, 2012, p. 58). En contraposición a la explicación moral, caótica, destructiva, la versión científica del mundo está perfectamente concatenada: todos los fenómenos se entretajan, todo tiene un ciclo inquebrantable, necesario. Primero, la voluntad toma la forma de las fuerzas regentes del universo; a ellas las llama *qualitates occultae*. Ellas son intangibles, pero poderosas; son las fuerzas primordiales de la naturaleza, misteriosas, omnipresentes y base de la causa y efecto, sólo detectables por la razón cuando se reflexiona, después de obtener datos sensoriales a través de la intuición (Schopenhauer, 2013, pp. 74-77). Entre éstas se encuentran cualidades como pesantez, impenetrabilidad, gravedad (Schopenhauer, 2009a, pp. 112-143), por mencionar las más relevantes, las cuales se conjugan de tal manera que estructuran el mundo en el que posteriormente los seres cobran vida y moran; tal es su armonía que da la impresión de que existe un “entendimiento pesante”, ordenador del cosmos (Schopenhauer, 2009c, pp. 129-198):



En efecto, lo que actúa en el interior y lo que dirige aquellas oscuras y ciegas fuerzas originarias de la naturaleza cuyo despliegue origina el sistema planetario es la voluntad de vivir, que después aparece en los fenómenos más perfectos del mundo; y ya allí, aspirando a sus fines, a través de estrictas leyes naturales prepara los cimientos del edificio del mundo y su ordenación (...); y el resultado final ha de ser por la representación de todo ser, precisamente porque este actúa ya en aquellas fuerzas originarias; (...). Mas, considerado de forma puramente objetiva, es y sigue siendo el universal nexos causal que todo lo abarca y carece de excepción –en virtud del cual todo lo que acontece se produce de forma absoluta y estrictamente necesaria– el que ocupa el lugar del mítico gobierno del mundo e incluso tiene derecho a ostentar su nombre.

(...) Pero nada es *absolutamente* casual, sino que incluso lo más fortuito es solamente algo necesario que se ha aproximado por caminos lejanos (...) (Schopenhauer, 2014, 238).

En tal organización se manifiestan los distintos fenómenos. A escalas universales, las *qualitates occultae* controlan el cosmos, pero al abarcar específicamente nuestro hábitat terrestre es que se convierten en naturaleza. Tal concepto da cuenta de ese orden universal en el macrocosmos que constituye la vida en este planeta, mismo que está presente en cada ser particular. Nada se da por azar, todo es producto/efecto de una razón suficiente dada que tiene, por tanto, una causa derivada de estas potencias metafísicas, ya sea lógica, matemática, física o volitiva, todo dirigido hacia un único fin: la subsistencia; todo está programado para esmerarse por la vida y la individuación (Schopenhauer, 2009a, pp. 88-99, 172-180).

3. La naturaleza y la voluntad de vivir

Una vez que la voluntad “echa a andar” el mundo, las fuerzas cósmicas se despliegan. Cuando se objetiva el mundo tangible, surge lo físico, se convierte en “cosas”, se forman los planetas y aparece nuestro hábitat. Ahí, rige la naturaleza, encargada de que todo lo que tome forma y materia posea características propias, que cada ente se guíe con el plan que le ha sido asignado para cumplir sus funciones. Si pensamos en la ciencia actual, entender esto ha permitido descubrir las maravillas y compleji-



dades de la naturaleza, frente a las que el científico no “inventa”, sino que descubre su funcionamiento y potencial. Por ejemplo, Spallanzani no inventó la inseminación, Wilmut no creó la clonación, sino que ambos descubren un potencial que existe presente en los seres y sólo descifran sus mecanismos. Lo mismo podemos afirmar de hallazgos (de hallar) científicos que han cambiado nuestra visión sobre la naturaleza, como la fertilización en vitro, la “renta” de vientres, el trasplante de órganos, la terapia con células madre, el uso de la ingeniería genética para “fabricar” seres vivos a gusto, la existencia de miles de formas de vida en condiciones excepcionales, como el “oso de agua” que, con menos de 1 mm, es capaz de hibernar hasta por un siglo y “revivir” con una gota de agua; la capacidad de regeneración de los lagartos o ajolotes, entre miles de datos más: la naturaleza impresiona. Toda esta maravilla posee su orden y dirección; se autorregula, se complementa, nada está al azar y la fuerza primigenia se inventa y renueva de formas ilimitadas... Aún hay más: entre los sofisticados mecanismos de la naturaleza se encuentra el potencial para “repararse a sí misma”, lo que nuestro autor llama *vis naturae medicatrix*:

Me resulta convincente la opinión de que las enfermedades agudas, prescindiendo de algunas excepciones, no son sino procesos curativos que introduce la naturaleza misma para subsanar algún desorden que se ha implantado en el organismo; con ese fin, la *vis naturae medicatrix*, revestida de poder dictatorial, adopta medidas extraordinarias que constituyen la enfermedad observable. (...) El mismo proceso constituye la esencia de la mayoría de las enfermedades, que no son en realidad más que el medicamento de la *vis naturae medicatrix*. (...) Solamente son completas *aquellas* curaciones que lleva a cabo la naturaleza misma por sus propios medios. (...) En cambio, con solo darle tiempo a la naturaleza, ella misma logra poco a poco la curación. (...) El cuerpo es una máquina que se repara a sí misma: la mayoría de los desórdenes grandes y pequeños que se producen en ella desaparecen por sí mismos después de un tiempo más o menos largo, gracias a la *vis naturae medicatrix*. (Schopenhauer, 2009c, pp. 194-195)

A este respecto, no podemos dejar de lado la mención a la necesidad de descanso para que las fuerzas orgánicas se regeneren. Así han sido “programados” todos los seres, de ahí el sueño como reparador de las energías vitales (Schopenhauer, 2014, p. 257).



a) El mundo inorgánico

La voluntad es la base de todos los fenómenos y en lo fáctico se manifiesta como voluntad de vivir, arraigada en los diferentes seres. Ésta tiene la capacidad de dotar a cada individuo con lo necesario para prolongarse, lo que incluye, a su vez, la constitución física y fisiológica para ello (Schopenhauer, 2005, p. 393; Schopenhauer, 2012, pp. 57-89). Incluso, lo inorgánico manifiesta esta misma impronta. De inicio, los elementos sin vida también reciben impulso de estas *qualitates occultae*, como la gravedad o peso, fuerza esencial de la naturaleza que rige a lo material (Schopenhauer, 2012, pp. 151-169). Seguido de esto, existe en ellos un intento de individualizarse al poseer características propias, inconfundibles con las de otros elementos (Schopenhauer, 2005, pp. 334-346), lo cual ha sido probado por la física y la química, al encontrar la esencia de cada ser y establecerla en una categoría dentro de la tabla periódica. El filósofo puso como ejemplo al copo de nieve, del cual afirma, tiene una aspiración a la voluntad, aunque sin fin ni fisiología (Schopenhauer, 2005, p. 372). Sin embargo, algo indefinido en la percepción schopenhaueriana es si la objetivación (la que podríamos asimilar a la evolución) se da vertical, de abajo hacia arriba, como un árbol, u horizontalmente, variadas y simultáneas formas a la vez. Lo que sí acierta el autor a marcar es que tanto lo inorgánico como lo orgánico confluyen (Schopenhauer, 2005, p. 382). Hace, además, una declaración interesante y es que a través del lenguaje se le atribuye voluntad a lo inanimado, aunque no emociones (Schopenhauer, 2012, pp. 171-175), ex.gr., las nubes están “cargadas”, quiere llover, los elementos químicos tienen características propias, las uñas y el cabello crecen, las montañas se alzan en lo alto... Respecto de lo inorgánico y su propia inclinación a individualizarse, encontramos el trabajo del profesor Masaru Emoto, quien congela gotas de agua a las que allegaba palabras: percibe que los cristales formados poseen características únicas e irrepetibles, al igual que ocurre con los copos de nieves. Si partimos desde la concepción de los tres reinos, en este primer estadio de objetivación/cosificación de la voluntad (mineral), no puede afirmarse que exista la conciencia, ni bajo la propuesta



de Schopenhauer ni bajo la ciencia actual. No obstante, en ningún caso puede negarse la existencia de fuerzas regentes de los diversos seres y que los convierte en algo diferente de otros, por lo cual se han podido clasificar en géneros y especies desde tiempos antiguos. De esta manera se llega a un nivel más elevado y surge el siguiente estadio (el vegetal), donde la voluntad cobra vida y se patentiza el afán de sobrevivencia individual y prolongación de la especie, característico de los seres vivientes, los cuales son volentes.

b) El reino vegetal

En el segundo estadio, las *qualitates occultae* siguen ejerciendo su influencia. Sin embargo, a diferencia del reino mineral, el vegetal ya presenta movimiento, crecimiento y características complejas; incluso se llegan a interseccionar reinos, como el caso de las plantas carnívoras, que no obtienen todos sus nutrientes por las raíces. En el reino vegetal aparece una nueva manifestación natural: la vida, el ánimo. Schopenhauer afirma que en tal estadio la naturaleza asegura la búsqueda de prolongación, ahora, en un cuerpo, constituido de variadas partes, todas especializadas y complejas, como es el organismo; las *qualitates occultae* garantizan un cuerpo físico contenedor del organismo, el cual está acompañado de un “paquete” de funciones para que un ser particular viva, lo cual muestra que existe una correspondencia entre los fines y los medios que la naturaleza “organizó” cuando los constituyó (Schopenhauer, 2012, pp. 57-121). Es así que la voluntad, como fuerza abstracta, general, intangible, cobra cuerpo y transmuta en voluntad de vivir, voluntad objetivada, hecha carne, no mero impulso de conservación, sino el deseo de la vida por la vida, desde la vida, por la eternidad (Schopenhauer, 2012, pp. 55-56; Schopenhauer 2005, p. 622). Es por eso que todo en los organismos con vida está “diseñado” para existir y prolongarse: “En general, *naturaleza* significa lo que actúa, impulsa y crea sin mediación del intelecto” (Schopenhauer, 2005, p. 310); de aquí también la excesiva producción de semillas de los seres vivientes (Schopenhauer, 2011, p. 106), sin olvidar que los humanos también las



tienen (semen, seminis = semilla; ovum, ovi = huevo, por los ovarios y los óvulos, que son las semillas femeninas).

Continuando con el reino vegetal, ya desde este nivel, los vivientes poseen características innegables. Entre ellos, tienen la capacidad de recibir estímulos externos que los “activan” para trabajar y cumplir su “programación” vital, esto mediante la sensación y la sensibilidad, lo que empuja al afán de conservación y bienestar, aun a costa de la existencia de otros seres, lo que Schopenhauer llamó “egoísmo” (Schopenhauer, 1998, pp. 61-146). Un cuerpo con energía vital es un medio para captar la causalidad y ejercer su porción de voluntad (Schopenhauer, 2005, pp. 75-76). Surgen las “necesidades fisiológicas”, aquello que un cuerpo debe cubrir para garantizar su existencia (Schopenhauer, 2009a, pp. 385-390). Es así que las plantas cuentan con los medios suficientes e imprescindibles para manifestar su “querer”, a pesar de no existir atisbo de conciencia en ellas: las plantas se “mueven” por las raíces, mediante las cuales buscan espacio, humedad y alimento; al igual que los animales, son sujetos de sensibilidad, aunque carecen de motivaciones por no tener cerebro (Schopenhauer, 2012, pp. 123-149). Cada parte en los organismos es voluntad de algo: recordemos que las plantas poseen genitales, mediante los cuales manifiestan abiertamente su voluntad de sobrevivir (Schopenhauer, 2005, pp. 299-338). Ahora, si retomamos datos actuales, las explicaciones del germano siguen vigentes y han ganado veracidad. Hoy tenemos disponibles variados documentales en internet que muestran la veracidad de las ideas de nuestro pensador; sobresale un documental que circula en YouTube bajo el título *La fascinante inteligencia de las plantas*, material que explica cómo ellas también poseen memoria, cazan, cuidan a su prole, se comunican, duermen y más. La diferencia con los animales es que carecen de locomoción, pero realizan infinidad de actividades mediante las raíces. De tales datos dan cuenta científicos de la talla de la bióloga Monica Gagliano, el botánico Stefano Mancuso, la ecóloga Suzanne Simard o el investigador Cleve Backster, quienes han extendido el catálogo de cualidades que el alemán atribuía a los miembros de este reino. En palabras del germano:



Aunque no sólo el hombre guerrea contra el hombre y la bestia con la bestia. No, en el bosque tranquilo que parece sumido en un sueño, en el prado que deleita la mirada del poeta, allí todo es guerra intestina, exterminio implacable, de árbol en árbol, de brizna de hierba en brizna de hierba, de flor en flor. Cada raíz se extiende silenciosamente en la sombra para robar a su vecina el átomo que la nutre. El musgo y la hiedra se enroscan alrededor del roble para succionarle la sabia. Observe esta pobre planta seca y muerta: la han sofocado, la han exterminado aquellas que la rodean con su fuerza opresora. ¡Ay, querido señor! Las plantas son incluso más feroces que los hombres... (Moreno, 2016, p. 280)

c) Los animales

El tercer estadio de objetivación física de la voluntad es el animal, incluido el hombre. En tal reino aparece el cerebro y, con éste, la conciencia y la inteligencia o intelecto, distinta de la razón. El cerebro desarrolla una herramienta sofisticada para garantizar la sobrevivencia, la cual no es exclusiva de los humanos: el conocimiento (Schopenhauer, 2009a, pp. 53-54, 56-61, 207-216; Schopenhauer, 2005, pp. 239-284). Como ya se mencionó, la naturaleza proporciona a cada ser las herramientas necesarias para que fructifique en su supervivencia, así que el animal no es la excepción. Cada uno tiene un “arsenal” dispuesto para su uso, tanto física como funcionalmente para lograr su cometido: vivir. De aquí que cada órgano que posee, incluidas sus “armas”, cubran dicha función. De hecho, es importante remarcar que antes de Darwin, aunque no antes de Lamarck, cuyos trabajos conocía Schopenhauer, el alemán esboza su propia teoría de la evolución, la cual reza así: los cuerpos de los animales no cambian por el influjo del medio, obedecen a los esfuerzos que el cuerpo hace y elige, acorde a su voluntad, a sus deseos (Schopenhauer, 2012, pp. 91-121). Ello equivale a afirmar que el cuerpo reacciona a lo que el individuo quiere y se esfuerza por lograr. Por ello, al desear alimentarse de árboles altos y estirarse para ello, cierta especie de jirafas alargó su cuerpo/cuello, no porque no hubiera otra opción para alimentarse: ellas querían, deseaban comer de ese ser. Darwin colocó la idea a la inversa, y es así como concebimos la evolución, pero, si pensamos un



poco, encontraremos sentido, v.gr.: existe una corporalidad “normal” en el ser humano; si realizamos “alteraciones” constantes a la fisiología y funcionamiento del cuerpo, podemos obtener uno que sale completamente del patrón, cual es el caso de un fisicoculturista, quien lleva sus músculos al nivel máximo que puedan alcanzar, usando medios no naturales, como el ejercicio con pesas y el consumo de sustancias químicas; del otro extremo, la figura de una modelo talla cero quien, alterando los requerimientos naturales de su cuerpo, lleva su corporalidad a un nivel más bajo que el correspondiente, ocasionado que su materia ósea y muscular esté por debajo de lo “regular”; en ambos casos, el cuerpo reacciona y no hay un condicionante ambiental ni de ningún otro tipo, sino la voluntad, el deseo de los individuos por lograr un propósito, sin que medie un motivo en ello, sólo el desear. Esa es la idea schopenhaueriana de “evolución”, aunque el filósofo nunca refirió tal término.

En el reino animal surge la capacidad de locomoción. Es así que se vuelve más notoria la exteriorización de la individualidad, los instintos vitales y el carácter (Schopenhauer, 2009a, pp. 207-216; Schopenhauer, 2005, pp. 387-388). Regresemos al cerebro. Éste es un órgano especializado, que controla tanto las funciones vitales como las no vitales. En el primer sentido, control vital, el cerebro crea apoyos a través del cuerpo para coadyuvar al cumplimiento de la finalidad natural, tales como los sentidos, que constituyen para nuestro autor prolongaciones del cerebro, mediante los cuales éste capta la información del exterior, tanto física como abstracta, para lograr sus fines (Schopenhauer, 2005, pp. 55-61). A la par, surgen los nervios, que darán como resultado dos experiencias que son reflejo de la vida y puntos de referencia: placer y dolor; el último tiene mayor expresión a lo largo de la vida de los seres (Schopenhauer, 2009c, pp. 307-320). El animal sufre como parte importante de su vida, lo que le da oportunidad de reaccionar si existen peligros a su alrededor, al igual que otras experiencias como la vacilación o la incertidumbre, que producen reacciones para salvaguardar la vida. El animal, al tener la capacidad de locomoción, requiere de herramientas que le posibiliten un desenvolvimiento adecuado para garantizar la existencia. Una de ella es la memoria, encargada de guardar los recuerdos



de las experiencias de manera indeleble, lo que representa cierto apego de las imágenes intuitivas obtenidas en el contacto con el mundo y los otros seres (Schopenhauer, 2009c, pp. 593-624).

En una segunda perspectiva, lo no vital, se encuentra la inteligencia o entendimiento y la conciencia. Ambas son distintas de la razón, a la que aludiremos después. La conciencia no es un proceso vital y sólo se desarrolla en el reino animal; su función es hacer factible el contacto con el mundo físico para posibilitar que el animal lo capte y retenga los datos y experiencias obtenidos a través de la experiencia; es un “desvío orgánico” que posibilita la continuidad vital, producida con el mismo fin del organismo completo (Ibarra, 2017, pp. 97-130). Es por ella que surge el egoísmo en los animales y propiamente el “yo” en el ser humano. En lo que respecta a la inteligencia o entendimiento, Schopenhauer la trata como una capacidad inmediata que poseen todos los animales para reaccionar ante las situaciones “reales” y poder garantizar el éxito de prolongación, la cual existe en diferentes grados, según la complejidad de la objetivación de la voluntad en un ser concreto. Para este filósofo es innegable que todos los animales quieren, rechazan, huyen, desean aparearse, crecen... (Schopenhauer, 2005, pp. 242-243). Todos los animales poseen entendimiento, conocimiento intuitivo, pero en una variada gradación; algunos han dado muestra de reflexión, comprensión lingüística, pensamiento, intención; premeditación como los elefantes, los orangutanes, las ratas (Schopenhauer, 2005, pp. 87-91; Moreno, 2016, pp. 238, 239, 251, 353) datado esto en tiempos de nuestro autor y, recientemente con los nuevos descubrimientos científicos, delfines, caninos, felinos, mapaches, homínidos en general, equinos, aves parlantes y muchas especies más.

Adicionalmente, el cerebro produce el conocimiento, lo que el autor llama representación. Éste corresponde al reino animal, así que el conocer no es una función exclusiva del hombre, sino una habilidad compartida, en general, para el reino *animalia* (Schopenhauer, 2009a, pp. 51-52, 73-83, 120-134, 183-192). Se requiere cierta adecuación entre una voluntad y un intelecto particulares para que el individuo sobreviva (Schopenhauer, 2009c, pp. 593-624). A la par, además de la concien-



cia y la inteligencia, el conocimiento es parte de la animalidad, al igual que la fantasía, el sueño (entendido como ‘dormir’) y la necesidad del descanso; de este último dependen todas las funciones del organismo, vitales y no vitales (Schopenhauer, 2005, pp. 87-91). Grosso modo, la actividad que realiza el animal depende directamente de sus funciones orgánicas, incluido lo intelectual y lo racional. Sin embargo, nuestro autor encuentra que el humano sería el punto más alto de objetivación de la voluntad. Es por ello que en este estadio es que se manifiesta en toda su extensión la individualidad, un carácter único y la influencia plena de motivos y reflexión para realizar las acciones, aunque su “superioridad” está dada, más que nada en el uso de la razón. Esta facultad consiste en el dominio sobre lo abstracto, abarcando el lenguaje y los conceptos, la temporalidad y un conocimiento superlativo y abstracto (Schopenhauer, 2009a, pp. 112-119, 165-172, 183-192, 207-219). Pese a esto, nuestra especie no posee entera libertad, sino que es otro medio de la naturaleza para preservar la continuidad (Ibarra, 2017, pp. 106-107).

d) La fuerza más poderosa de la naturaleza: el instinto de procreación

Todo lo que existe está sujeto a las leyes inquebrantables de la voluntad. Es por ello que todo tiene una “programación” establecida de la que nada se puede alejar, ni siquiera el humano: cada ser tiende a corroborar su esencia (Schopenhauer, 2009b, pp. 39-138). Tales raíces están encarnadas en nuestro cuerpo y éste es sólo un instrumento de la voluntad (Schopenhauer, 2014, pp. 225-247). Por ello, todos los vivientes tienen características similares, que dan cuenta del anclaje de la fuerza superior, como el cumplimiento de las funciones orgánicas, la posesión de una corporalidad, pasar por diversas etapas hasta el momento de estar listos para cumplir con la deuda de la sucesión y prolongar la especie, que es el máximo logro de la vida, visto desde lo natural. Vivir se trata de participar en un eterno renacer, en el que todo participa sin querer. En realidad, la muerte no es el fin, sino la comprobación de que el proceso se



realiza: se inicia con el nacimiento, se continúa con la muerte y así al infinito, lo que Schopenhauer llamaba “palingenesia”, movimiento eterno, inmortal de la voluntad que se renueva constantemente. Ni siquiera el hombre es poseedor de esta “inmortalidad”, es sólo partícipe de ella y lo que muere con el fallecer es la conciencia, el yo determinado que toma cuerpo en esa ocasión específica: palingenesia, eterno renacer (Schopenhauer, 2009c, pp. 283-297; Schopenhauer, 2005, pp. 523, 529, 531, 532, 539, 553, 556; Schopenhauer, 2011, pp. 103-125).

De todas las fuerzas que mantienen el orden, existe una cuyo influjo domina a la mayor cantidad de seres, vegetales o animales: el instinto de procreación. El cuerpo fue hecho para la procreación, para prolongar la especie; los recursos no genésicos ayudan a llegar a este momento. Este impulso mantiene la vida, eterniza la voluntad y vence el impulso de autoaniquilación, más poderoso que todo conocimiento que pueda adquirir el animal (Acosta, 2007, pp. 67, 69, 74, 84). A la naturaleza le interesa la especie, por lo que puede prescindir de los individuos una vez que han cumplido con su finalidad genésica. Esta fuerza poderosísima no puede ser limitada por conocimiento o riesgo alguno: las plantas utilizan a los animales en la polinización, atrayéndolos con olores o sabores dulces que los controlan para que ayuden a prolongar su estirpe; los animales son capaces de luchar a morir o hacer trampas por lograr el apareamiento, llegando a casos extremos con el antequino, marsupial australiano que se aparea hasta morir; surge el “instinto maternal/paternal”, por el que el progenitor sería capaz de dar la vida para proteger a su prole (Schopenhauer, 2005, pp. 394-405, 536-569). Se da la cadena sexualidad-procreación-manutención de la especie, sobre la que la ciencia actual descubre nuevas e impresionantes formas que no son exclusivas ni de la especie humana ni de los mamíferos. Desde la concepción schopenhaueriana, la salud, la fuerza, la belleza y la juventud son importantes para que la nueva generación surja, dado que el afán de procreación brota en el momento en que los seres ya son maduros y se prolongan por un lapso en el que la plenitud vital está en su esplendor, por ello son la base de la sexualidad. Este instinto es tan fuerte que puede ejercerse y vivirse con violencia (Schopenhauer, 2005, pp. 584-621; Schopenhauer, 2009c, pp. 327-338). Bien lo llamaba Sper-



ling, la “astucia del impulso sexual” (Sperling, 1989, p. 54). Una vez que se ha cumplido la función vital en lo individual, viene el declive del ente. Así, eternamente, todos los seres están unidos y conectados en la infinitud por *saecula saeculorum*.

Conclusiones

1) La visión de la naturaleza del filósofo germano Arthur Schopenhauer está anclada en la ciencia, en la observación de los fenómenos, por lo que debe hacerse una distinción clara y alejarla de su perspectiva moral. Expande sus explicaciones a lo universal y va trazando un camino que la ciencia actual comienza a rastrear desde varias perspectivas: psicología, biología y neurología por el momento. Fuera de su concepción pesimista, la versión natural schopenhaueriana del cosmos está concatenada, es armónica y puede verse que las características de los niveles bajos de la objetivación de la voluntad se asimilan e incluyen en los posteriores, produciendo un todo ordenado en el que cada parte cumple una función, a la vez que cada ser es, en sí mismo, un microcosmos que refleja el macrocosmos, como ya habían indicado filósofos antiguos. El pensador alemán nos muestra cómo fuerzas poderosas controlan el cosmos, incluido el hombre, desde el espacio exterior cuando se crean los planetas, hasta el egoísmo individual de los seres vivos, como las plantas y los animales en su ilimitado instinto de supervivencia.

No obstante, existe un punto clave de la concepción schopenhaueriana que los científicos han dejado de lado, al menos de manera explícita: se requiere de una concepción metafísica que dé sustento a la explicación de los fenómenos y la suya se llama voluntad. A la fecha, la ciencia sólo es capaz de explicar el cómo, mas no el porqué de los fenómenos. Es ahí cuando el filosofar cobra todo su sentido y potencial, por lo que no puede dejarse de lado: no se puede ser un buen científico si primero no se es un buen filósofo, si no se investiga, cuestiona, teoriza... sobre la realidad, a partir de ella.

2) Todo lo existente pugna desde la inconciencia por individualizarse, por adquirir características únicas que le distingan del resto de los otros



seres, lo cual puede observarse en los mismos minerales, pues un diamante no es igual a un rubí. Conforme se avanza en la escala de la objetivación, la complejidad es mayor, lo cual se refleja primero en lo físico, hasta cobrar un tinte subjetivo y psicológico en los animales, sobre todo en el hombre, quien posee un carácter único e irrepetible. Ahora se sabe y acepta que los animales también poseen una personalidad propia y más de alguno ha (de)mostrado sus capacidades intelectuales, lúdicas y mendaces, por mencionar algunas. De la mano con ese “empuje” por subsistir, la voluntad desarrolla todos los mecanismos necesarios para que los seres logren su objetivo, desde las armas que el cuerpo naturalmente posee (colmillos, garras, velocidad...), hasta diversos y sofisticados mecanismos para sortear los retos que implica el vivir (conciencia, inteligencia, memoria...). Todos los seres están hechos para desear la vida y participar en un eterno renacer en el que no importa el individuo, sino la especie, en un despliegue infinito de manifestaciones, objetivaciones de la voluntad.

3) Para que la continuidad se dé, la voluntad, encarnada en las fuerzas de la naturaleza, al engendrar cada ser, le arraiga tendencias naturales que despertarán en el momento propio. Así, llegado cierto tiempo, despertarán en vegetales y animales las potencias reproductoras, encarnadas en los genitales, cuya función es engendrar a la nueva generación, más allá de la conciencia, la razón y el intelecto. Es de esta manera que se crea una cadena continua, ininterrumpida, en que la vida se prolonga y se manifiesta de miles de formas distintas. Dicha fuerza tiene el poder de reunir a los seres y es tal su influencia incontenible que, en caso de no ser voluntario, se puede llegar a poseer al otro mediante la violencia. Aquí se relacionan otras potencias, como el enamoramiento, el cuidado de la progenie y los lazos emocionales de los que algunos animales, sobre todo los mamíferos, gozamos o sufrimos.

4) La naturaleza tiene el potencial de autorregulación y de autosanación. Por un lado, es capaz de contener las distintas potencias de los seres existentes, procura su maduración en el momento exacto, y la prolonga de tal forma, en su juventud y potencia de la vida, para garantizar la coexistencia de varias generaciones a la vez, a la par que ahuyenta el vacío intergeneracional. Además, cuando se ha cumplido el periodo genésico,



viene el declive, el agotamiento de las fuerzas vitales y la muerte, para dar paso a las nuevas generaciones y que el ciclo no se rompa. Por otro lado, la misma natura ha insertado en los seres la autorregeneración, pues cualquier cuerpo está programado para sanarse y sólo ella lo puede hacer. Si bien, como comentó Schopenhauer alguna vez, el uso de medicamentos contribuye, la verdadera “cura” sólo viene de dentro del organismo, y por eso una de las claves más importantes para tener la vida físicamente “llevadera” es el descanso, pues todas las funciones corporales, incluidas conciencia, razón e inteligencia, provienen de la corporalidad.

5) Schopenhauer es uno de los primeros filósofos en atribuir conciencia e inteligencia a todos los animales. En este aspecto, se adelantó casi dos siglos al llamado “animalismo”.¹ Lo único que distingue a los animales no humanos del hombre es el uso de la razón, por lo demás, los otros animales también poseen conciencia, inteligencia, duermen, sueñan, manifiestan emociones y voliciones, procesan estímulos de placer y dolor. Fuera de este trabajo, fue el primero en proponer la inclusión de estos seres en la categoría de “sujetos de derecho”, lo cual se vería realizada hasta los siglos XX-XXI, a pesar de que él lo propuso desde el XIX.

6) Dentro de las propuestas adelantadas se encuentra la visión que profesaba del reino vegetal. Si bien la mayoría de sus integrantes carece de locomoción, no obstante, realiza múltiples actividades a través de las raíces, desde la obtención de minerales (“alimento”), hasta el asesinato de otras plantas que se encuentran en su camino. Como manifestación inconsciente de la voluntad, este reino incluye una belleza singular, pero a la par, un poderío enorme que se iguala en complejidad al animal. Las plantas también duermen, se alimentan, se reproducen, asesinan y son, de igual manera, un eslabón en el continuum de la existencia.

Lo anteriormente descrito equivale a la afirmación de que la naturaleza tiene su propia inteligencia, y el hombre, ínfimo eslabón en todo este proceso, no puede sino recibir destellos de tal imponente verdad: la natura crea, destruye, inventa, mezcla, renueva, sorprende y tiene capa-

¹ Vid. González, V. (2019). Arthur Schopenhauer y la primera defensa filosófica de los animales. *Devenires. Revista de Filosofía y Filosofía de la Cultura*. Núm. 39, enero-junio 2019, pp. 43-66. <https://publicaciones.umich.mx/revistas/devenires/ojs/article/view/146/123>



tidades que exceden la humana comprensión, de lo cual la ciencia actual ha recibido comprobación. Hasta el momento, el reconocimiento que Schopenhauer ha obtenido de su trabajo científico es insuficiente. Sin embargo, resulta ineludible la brillantez de sus reflexiones y planteamientos en los ámbitos del conocimiento y su percepción de la naturaleza.

Referencias

- ACOSTA, Javier. (2007). *Tesis de doctorado Schopenhauer, Nietzsche, Borges y el eterno retorno*. Facultad de Filosofía Universidad Complutense de Madrid.
- IBARRA-CUCHILLO, José. (2017). La autoconciencia como enfermedad de la vida orgánica en Schopenhauer y Bichat. *Schopenhaueriana. Revista española de estudios sobre Schopenhauer en español*, (2) 2017, Núm. 2, pp. 97-130.
- MORENO, Luis. (2016). *Conversaciones con Arthur Schopenhauer. Testimonios sobre la vida y la obra del filósofo pesimista*. Acantilado: Barcelona.
- _____. (2014). *Schopenhauer. Una biografía*. Trotta: Madrid.
- SCHOPENHAUER, Arthur. (1998) *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*. Gredos: Madrid.
- _____. (2009a). *El mundo como voluntad y representación I*. Trotta: Madrid.
- _____. (2005). *El mundo como voluntad y representación II*. Trotta: Madrid.
- _____. (2009b). *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Siglo XXI: Madrid.
- _____. (2011). *Notas sobre oriente*. Alianza: España.
- _____. (2014). *Parerga y Paralipómena I*. Trotta: Madrid.
- _____. (2009c). *Parerga y Paralipómena II*. Trotta: Madrid.
- _____. (2013). *Sobre la visión y los colores*. Trotta: Madrid.
- _____. (2012). *Sobre la voluntad en la naturaleza*. Alianza: Madrid.
- SPEARLING, Volker. (2010). *Arthur Schopenhauer*. Herder: España.
- _____. (1989). El pesimismo de Schopenhauer como jeroglífico. *Anales del seminario de metafísica*. Núm. 23, 1989, Universidad Complutense de Madrid.
- SORIA, Federico. (2016). Filosofía de Schopenhauer y Síndrome de Asperger. *Schopenhaueriana. Revista de estudios sobre Schopenhauer en español*. (1) 2016, Núm. 1, pp. 9-52.
- ZEKI, Zamir. (s.a.). *Esplendores y miserias del cerebro*, p. 4. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/255635601_ESPLENDORES_Y_MISERIAS_DEL_CEREBRO

